

## **Vulnerabilidad sociodemográfica y violencia contra mujeres negras en Cali, una ciudad racializada**

### ***Sociodemographic vulnerability and violence against black women in Cali, a racialized city***

**Solange Bonilla Valencia**

Fundación Paz & Reconciliación – PARES, Oficina Regional – Pacífico, Buenaventura, Colombia. Magíster en Construcción de Paz de la Universidad de los Andes, Bogotá.  
solange.bonillav@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-9432-019X>

**Recibido:** 4 de septiembre de 2019. **Aprobado:** 16 de diciembre de 2019

**DOI:** 10.25100/lamanzanadeladiscordia.v14i2.8773

**Artículo de investigación**

**Financiación o proveniencia del artículo:** El artículo es producto de un proyecto de investigación personal de la autora. Sin embargo, retoma algunas reflexiones personales y colectivas de discusiones con integrantes del grupo de investigación “Estudios étnico-raciales y del trabajo en sus diferentes componentes sociales” del Cidse – Universidad del Valle, grupo en el que participó como asistente de investigación entre los años 2012 y 2015.

#### **¿Cómo citar este artículo? / How to quote this article?**

Bonilla-Valencia, S. (2020). Vulnerabilidad sociodemográfica y violencia contra mujeres negras en Cali, una ciudad racializada. *La Manzana de la Discordia*, 14(2), 82-118. doi: 10.25100/lamanzanadeladiscordia.v14i2.8773



## **Resumen**

*Este artículo analiza la vulnerabilidad sociodemográfica que experimentan las mujeres negras en Cali, con base en indicadores generados a partir de la Encuesta de Empleo y Calidad de Vida realizada entre 2012 y 2013 por el Ministerio de Trabajo (2013). El análisis se concentra en las mujeres negras porque experimentan mayores desigualdades, lo cual se refleja en menor capital humano y en mayores dificultades para acceder al mercado laboral. Igualmente, porque cargan con el peso de estereotipos racistas y sexistas que aumentan su vulnerabilidad. Estos indicadores se relacionarán con datos de la Encuesta Nacional de Demografía y Salud de 2015 (Minsalud, 2017), sobre violencia patriarcal que enfrentan las mujeres por parte de sus parejas en el municipio.*

*Los resultados permiten concluir que Cali es una ciudad donde se vivencian relaciones de poder fuertemente racializadas, estrechamente imbricadas con otros sistemas de opresión como el sexismo y el clasismo. Esto se manifiesta en el alto riesgo de vulnerabilidad sociodemográfica que presentan las mujeres negras y en las violencias que sufren en el ámbito conyugal —son las más afectadas después de las mujeres indígenas—. Esta situación exige políticas públicas y organizativas de la sociedad civil focalizadas en mejorar sus condiciones de vida.*

**Palabras clave:** mujeres negras; vulnerabilidad sociodemográfica; mercado laboral; violencia patriarcal; estereotipos racistas y sexistas.

## **Abstract**

*This article analyzes the sociodemographic vulnerability experienced by black women in Cali, Colombia. It based on the indicators issued from the Employment and Quality of life Survey taken between 2012 and 2013 by the Ministry of Labour (2013). The analysis focuses on black women as they hold less human capital, and thus experience greater difficulties to access the labor market. They also have to carry the weight of racist and sexist stereotypes that increases their vulnerability. Therefore, the indicators will relate to data about the patriarchal violence that some women face from their partners within Cali. This data is available from the 2015 Health and Demography National Survey (Minsalud, 2017).*

*The results conclude Cali is a city where power relations are experienced as strongly racialized, closely intertwined with other systems of oppression such as sexism and classism. This manifests itself within the high level of sociodemographic vulnerability black women are facing, and the range of violence that they suffer related to their conjugal life —they are the most affected after indigenous women. This situation demands public policy and civil society actions to improve black women's living conditions.*

**Keywords:** black women; sociodemographic vulnerability; labour market; patriarchal violence; racist and sexist stereotypes.

## Introducción

Históricamente, la información estadística sobre las dinámicas sociodemográficas de la población negra<sup>1</sup> en Colombia ha sido insuficiente, situación que ha invisibilizado su importante presencia nacional y la formulación de políticas públicas encaminadas a reducir los factores de desigualdad y vulnerabilidad que enfrenta. Antes de la década de 1990, solo el censo de 1918 recogió información sobre esta población y empleó como metodología el criterio de la raza<sup>2</sup>. Los resultados arrojaron que de 5.072.604 de personas solo 322.499 eran negras, es decir, apenas el 6% de población nacional (Barbary, 2001). Fernando Urrea (2010) señala que el subregistro estuvo influenciado por el discurso conservador de principio de siglo XX, el cual respondía a la necesidad de “europeizar” a la población colombiana y de negar el mestizaje con descendientes de africanos e indígenas.

El segundo intento de medición de la población afro en el país fue el censo de 1993. Este introdujo una pregunta de autoidentificación étnica<sup>3</sup> que, a diferencia del censo de 1918, indagaba por la pertenencia a una comunidad negra, más no por las características fenotípicas; según el DANE estas suponían una naturalización de la raza (DANE, 1998). La inclinación por el enfoque étnico se debió al contexto sociopolítico y cultural que se vivía a nivel nacional en ese momento. El censo sucedió en el marco de transición de la Constitución de 1986 que entendía la nación desde un modelo unicultural, a la Constitución de 1991 que reconoce la diversidad étnica y cultural de la nación y concibe a la población afro como grupo étnico con derechos étnico-territoriales (Estupiñán, 2006).

Empero, como señalan Olivier Barbary y Fernando Urrea (2004), la pregunta de autoidentificación étnica fue un fracaso: “solo el 4.1 % [de la gente encuestada] respondió la pregunta, apenas el 3.3% declaró pertenecer a alguna 'etnia, grupo indígena o comunidad negra', y únicamente el 1.5% a una 'comunidad negra'” (p. 60). En el caso de Cali, solo el 0,5% de la población se declaró como negra, pese a que en ese momento había alrededor de 116.000 personas provenientes de la costa Pacífica —región mayoritariamente afro—, cantidad que para esa época representaba el 7% de la población del municipio.

---

<sup>1</sup> En el presente artículo se utilizan indistintamente las categorías: población afrodescendiente o afrocolombiana, población negra o afro y gente negra, ya que se conciben como términos equivalentes. Las categorías étnico-raciales no se refieren a la existencia de “razas” en sentido biológico, debido a que en el género humano no existen. Por el contrario, hacen alusión a las construcciones sociales —imaginarias y colectivas— basadas en características fenotípicas, en particular el color de piel, que en las distintas sociedades definen diferencias de estatus en la jerarquía social y factores de desigualdad (Lasso *et al.*, 2017).

<sup>2</sup> En el Censo Nacional de Población de 1918, la metodología utilizada fue la percepción externa del encuestador sobre las características fenotípicas o rasgos físicos de las personas encuestadas. Las opciones de identificación racial eran: 1. Blanco, 2. Negro, 3. Indígena y 4. Mezclado (Rodríguez, Alfonso y Calevier, 2009). Según Palacios y Safford (2002), el término *mezclados* hacía referencia a la combinación interracial de “mestizos”, “mulatos” y “zambos”.

<sup>3</sup> El Censo Nacional de Población y Vivienda – DANE de 1993 empleó la siguiente pregunta de autoidentificación étnica: *¿Pertenece... a alguna etnia, grupo indígena o comunidad negra? 1. Sí. ¿A cuál?, 2. No.* (Rodríguez, Alfonso y Cavalier, 2009).

En este sentido, la sustitución de la noción de raza por la etnia no resolvió el problema de la visibilización estadística de la población negra. Ambas categorías exhiben dos dimensiones de la vida social altamente imbricadas, pero diferenciadas que definen diferencias de estatus en la jerarquía social y factores de desigualdad y discriminación (Lasso *et al.*, 2017): el componente étnico hace alusión a las construcciones socioculturales que caracterizan y diferencian a unos grupos humanos de otros; mientras que el racial, se refiere a la variación continua de colores de piel fruto del largo proceso de mestizaje. Por tanto, ambas deben ser incluidas en los estudios demográficos tanto de grupos indígenas como negros (Barbary y Urrea, 2004).

Igualmente, las dimensiones étnica y racial presentan dos formas de discriminación: la discriminación directa (consciente/intencional) y la discriminación indirecta (inconsciente/no intencional). Esta última se mantiene a través de las costumbres y las tradiciones, consiste en un imaginario colectivo inconsciente que afecta a todos los espacios de la vida cotidiana. En el caso de Colombia, este tipo de discriminación permite entender mejor la acumulación histórica de carencias de capital económico, social, cultural y simbólico de las poblaciones negras e indígenas (Barbary y Urrea, 2004). Asimismo, el aislamiento territorial —fenómeno heredado del periodo colonial—, el abandono y la falta de reconocimiento estatal.

No obstante, el subregistro de la población negra en el censo de 1993 no se explica únicamente por el enfoque étnico de la pregunta, también mediaron otros factores, entre estos: la deficiente y fugaz capacitación del personal encargado de recoger la información en terreno; el precario ejercicio pedagógico por parte del DANE para aplicar la pregunta étnica; los prejuicios raciales fuertemente arraigados en la población colombiana; y la ausencia de las organizaciones afro en el proceso de captura de información, quienes en ese momento estaban más interesadas en la conquista de derechos étnico-territoriales, mediante la reglamentación del Artículo Transitorio 55 de la Constitución de 1991 que daría origen a la Ley 70 (PCN, 2006; Castillo, Grueso, Rosero, y Cifuentes, 2013).

A raíz de esta serie de problemas metodológicos, pedagógicos y logísticos que presentó el censo, organizaciones negras y académicos de las ciencias sociales impulsaron iniciativas novedosas para medir la importancia demográfica de este grupo étnico-racial. Entre los estudios pioneros se encuentran las encuestas Cidse-Ird de 1998 y Cidse-Banco Mundial de 1999, que aplicaron formas alternativas de medición con base en las experiencias de países como Brasil. Estas encuestas que se desarrollaron en la ciudad de Cali, emplearon el criterio de caracterización fenotípica realizado por los encuestadores y una pregunta abierta de auto identificación con base en el color de piel a una submuestra representativa de la población adulta (Barbary y Urrea, 2004). La encuesta Cidse-Ird 1998 arrojó que las personas negras representaban el 17% de la población de la ciudad según el criterio de autorreconocimiento y el 23% según la percepción de los encuestadores.

Otros intentos de medición de la gente negra y que presentan profundas diferencias en los cálculos en relación con el censo de 1993 son: el Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana de 1998 basado en estimativos de organizaciones negras del país, el cual planteó que este grupo étnico-racial correspondía al 26% de los colombianos; la Encuesta Continua de

Hogares de 2004, trimestre II, que empleó la metodología de autorreconocimiento cultural y registró que este grupo representa el 1,2% del total nacional; y la Encuesta de Calidad de Vida de 2003 que aplicó una pregunta de autoidentificación étnica y arrojó la cifra de 8% (Rodríguez *et al.*, 2009). Aunque los resultados de estas iniciativas presentan una brecha enorme, son referentes importantes para visibilizar a esta población y plantear la necesidad de mejorar la medición en términos metodológicos, pedagógicos, logísticos, entre otros.

### **La población negra y el censo de 2005**

Previo al censo de 2005, organizaciones negras como el Proceso de Comunidades Negras - PCN que habían reflexionado sobre el anterior ejercicio censal y estaban adelantando un proceso de politización y reconocimiento identitario en distintos contextos urbanos y rurales del país, se reunieron con académicos de las ciencias sociales para concertar con el DANE el diseño de la pregunta étnica y la logística para la captura de información (Urrea, 2010; PCN, 2006). Después de arduas discusiones, la pregunta no solo incluyó el criterio de autoidentificación étnica sino también el racial. La pregunta quedó así: *De acuerdo con su CULTURA, PUEBLO O RASGOS FÍSICOS, usted se reconoce como: 1. Indígena; 2. ROM (gitano); 3. Raizal del archipiélago de San Andrés y Providencia; 4. Palenquero de San Basilio; 5. Negro(a), mulato(a), Afrocolombiano(a) o afrodescendiente; 6. Ninguno de los anteriores.*

Los resultados arrojaron que el 10,6% de la población colombiana era afrodescendiente —personas que respondieron a los ítems 3, 4 o 5—, porcentaje muy distinto al 1,5% que registró el censo de 1993. En el caso de Cali, la cifra pasó del 0,5% al 26,2%, siendo el primer municipio del país con mayor concentración de personas negras por encima de ciudades como Cartagena, Barranquilla, Buenaventura y Medellín (Perea *et al.*, 2011). Empero, es muy probable que el porcentaje sea mayor debido a que Cali es una ciudad con dinámicas históricas de poblamiento negro que se remontan a la época colonial.

Entre los siglos XVI y XVIII en Cali, al igual que en otras zonas del valle del río Cauca, existió el sistema esclavista ligado al modelo de la hacienda que tenía bajo su dominio a gente negra esclavizada en actividades como la minería de oro, el comercio, la ganadería y el servicio doméstico. Con la llegada de la Ley de Manumisión de 1851, esta población quedó libre y constituyó la mayor parte de las clases populares rurales y urbanas en toda la parte plana del valle del río Cauca (Urrea, 2012). Sin embargo, entre 1918 y 1980 la ciudad recibió oleadas de personas provenientes de diversas zonas de Antioquia, de toda la región del viejo Caldas y del centro y norte del Valle, que migraban por motivos económicos y por la violencia partidista; este fenómeno aumentó significativamente la participación de la población blanca-mestiza en la ciudad y su crecimiento (Bayona, 1992). A la par, llegó una gran cantidad de gente mestiza e indígena de la región andina nariñense y caucana (Urrea, 2012).

No obstante, en la década de 1980 la ciudad vivenció un nuevo flujo migratorio, pero de población negra oriunda de la costa Pacífica, del sur del Valle y gradualmente de la parte plana del norte del Cauca, que llegó en busca de oportunidades laborales, educativas o huyendo del conflicto armado

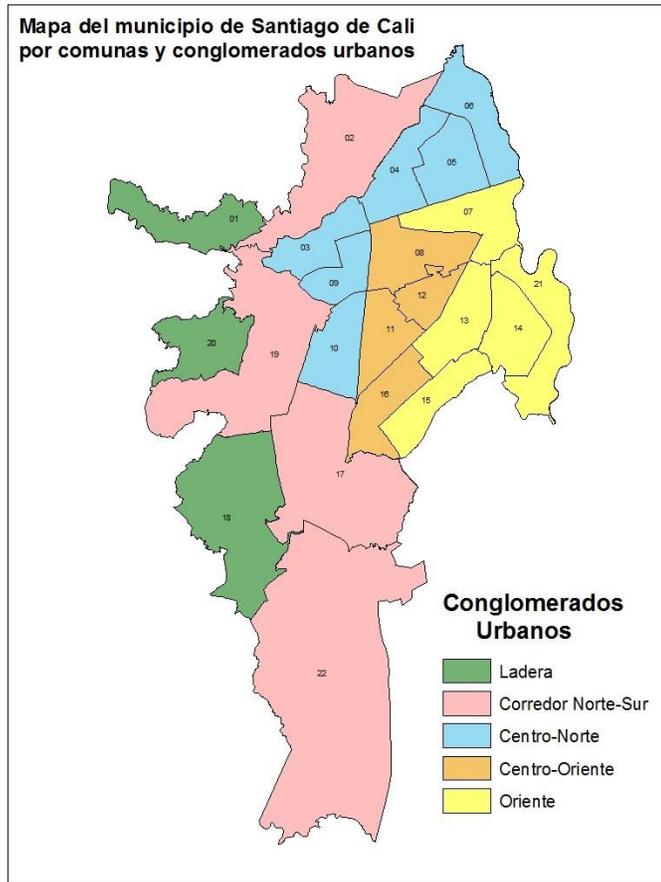
(Urrea y Hurtado, 1997). En síntesis, los diversos flujos migratorios que ha vivenciado Cali en el último siglo la convierten en una ciudad mestiza con una presencia importante de gente negramulata (Urrea, 2012), lo cual no se ve reflejado en el cálculo del censo 2005. Empero, los datos arrojados permiten construir un panorama general sobre la vulnerabilidad sociodemográfica de esta población.

La zona urbana de Cali puede ser dividida en cinco conglomerados geográficos<sup>4</sup> los cuales tienen condiciones objetivas de calidad de vida y patrones socio-históricos de poblamiento (Figura 1): el conglomerado ladera con un área residencial precaria, gran concentración de población y altos niveles de pobreza; el conglomerado oriente con barrios estables y asentamientos subnormales construidos sobre terrenos de laguna que bordean el río Cauca, también presenta altos niveles de pobreza y de concentración poblacional; los conglomerados centro-oriente y centro-norte compuesto por barrios de clases medias-medias y medias-bajas; y el conglomerado norte-sur de clases medias-medias, medias-altas y altas (Urrea, 2000).

---

<sup>4</sup>“Los conglomerados urbanos están compuestos por la agregación de comunas, y estas últimas son una distribución político administrativa urbana de la ciudad. Las comunas que conforman un conglomerado son geográficamente contiguas (...) y comparten algunos rasgos particulares: distribución espacial en relación con el centro, la distribución urbano-rural en el municipio y el peso demográfico de la población por grupos étnicos-raciales a lo largo de los distritos urbanos” (Viáfara *et al.*, 2016, p. 19).

**Figura 1.** Municipio de Cali por comunas y conglomerados



**Fuente:** Elaborado por Solange Bonilla.

Según el censo de 2005, la población negra se concentra en la zona oriente y centro oriente de la ciudad: el 44,6% de las personas del conglomerado oriente se autoidentificó como negra, en el centro oriente el 28,6% declaró pertenecer a este grupo étnico-racial, en el centro norte el 19,1%, en la ladera y la zona rural el 12,9%, y en el corredor norte-sur el 9,6% (Urrea, 2012). En este sentido, la gente negra presenta una alta participación en sectores de la ciudad con alta concentración poblacional, vulnerabilidad sociodemográfica y desventajas en términos de acceso a servicios públicos básicos, educación y salud; asimismo, altos índices de violencia y menores oportunidades laborales.

Esta situación ya había sido evidenciada por la Encuesta Cidse Banco Mundial de 1999. El 48,1% de los hogares afrocolombianos<sup>5</sup> de esa época habitaban en el oriente, porcentaje equivalente al 34,4% de la población del conglomerado; el 23,8% se encontraban en el centro-oriente lo cual representaba el 23% de la población de la zona; el 8,1% se ubicaban en la ladera porcentaje

<sup>5</sup> Según la Encuesta Cidse Banco Mundial de 1999, los hogares afrocolombianos son “los hogares donde por lo menos una persona del núcleo familiar primario, es decir el jefe del hogar, su cónyuge, o alguno (s) de los hijos del jefe del hogar y/o del cónyuge, presente rasgos fenotípicos negro o mulato” (Urrea, 2000, p. 16).

correspondiente al 12,1% del conglomerado; y el 20% vivía en el norte-sur, 30,3% de la población general del corredor (Urrea, 2000).

Según Barbary y Urrea (1999), la concentración de la población afro en el oriente de la ciudad se explica principalmente por las redes familiares y el paisanaje que orientaron los flujos migratorios de personas provenientes de la costa Pacífica y la parte de plana del norte del Cauca hacia este conglomerado. La participación de hogares afrocolombianos en otras zonas, como el centro-norte y norte-sur, corresponde más a poblaciones residentes nativas, descendientes de migrantes de segunda, tercera o cuarta generación nacidos en municipios de las regiones antes mencionadas. En este orden de ideas, se puede concluir que en Cali existe una significativa segregación socio-racial, “la cual tiene implicaciones en los patrones de desigualdad social de la misma, es decir, hay una geografía urbana con trazos raciales” (Urrea, 2000, p. 19).

Sin embargo, la segregación socio-racial en Cali no afecta por igual a hombres y a mujeres; estas últimas, especialmente las mujeres negras, experimentan mayor vulnerabilidad en la inserción al mercado laboral debido al bajo capital humano que poseen, situación que las empuja a ocupar empleos de baja remuneración y poco calificados en relación con los hombres y sus congéneres de otros grupos étnico-raciales (Collins, 2000; Hook, 2000; Posso, 2008). A la par, cargan con el peso de estereotipos racistas y sexistas que aumentan su vulnerabilidad y ponen en riesgo su integridad y vida (Ford, 2008; Hellebrandová, 2014).

Por este motivo, el presente artículo propone analizar la vulnerabilidad sociodemográfica de las personas negras en Cali, en especial de las mujeres, con base en indicadores sobre mercado laboral y calidad de vida de la Encuesta de Empleo y Calidad de Vida realizada para el conjunto del municipio por el Ministerio de Trabajo (2013)<sup>6</sup>. Esta encuesta también incluye el componente de autorreconocimiento étnico-racial y captura dinámicas sociodemográficas más recientes de la población negra en la ciudad.

Estos indicadores se complementarán con datos sobre la situación de violencia doméstica o violencia patriarcal, que enfrentan las mujeres por parte de sus parejas en el área metropolitana de Cali. Para este fin, se analizarán algunos datos de la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS) realizada por el Ministerio de Salud y Profamilia en 2015 (Minsalud, 2017), la cual captura cuatro tipos de violencia contra las mujeres: física, psicológica, sexual y económica.

El presente estudio es pertinente en el escenario multicultural actual, porque aporta a la visibilización de la vulnerabilidad sociodemográfica de la población negra, especialmente de las mujeres, debido a las relaciones históricas de poder en relación con la raza y otros sistemas de opresión como el sexismo y el clasismo que experimentan en la vida diaria. Igualmente, es un análisis que brinda elementos para incidir en políticas públicas y socioculturales focalizadas al mejoramiento de las condiciones de vida de estas personas. Aunque se reconoce que la problemática no se reduce a la implementación de políticas públicas, también se requiere el cambio

---

<sup>6</sup>En adelante, EECV 2012 -2013.

de conductas y mejoras en los niveles educativos de la población, ligados a procesos de empoderamientos femeninos y desempoderamientos masculinos, o de construcción de masculinidades alternas e igualitarias.

El documento está estructurado en siete apartados: el primero, es la presente introducción; el segundo, es un bosquejo teórico e histórico de la perspectiva interseccional que, aunque no guía el análisis del artículo, sí ayuda a interpretar los datos teniendo en cuenta sus limitaciones. La perspectiva interseccional explora las imbricadas relaciones de poder y dominación que experimentan las personas de manera particular, espacial y temporal, las cuales son difíciles de captar a través de metodologías cuantitativas encaminadas más a medir la realidad estructural. El tercer apartado, presenta el análisis del perfil sociodemográfico de Cali por conglomerado de comunas —con especial énfasis en el conglomerado oriente, ya que concentra buena parte de la gente negra de la ciudad—, grupos étnico-raciales y género, con base en datos de la EECV 2012 – 2013. En la cuarta sección, el análisis se concentra en el mercado laboral y la calidad de vida de las mujeres negras de la ciudad según datos la misma encuesta, distribuido en tres subsecciones: indicadores básicos de mercado laboral, brechas de ingresos e indicadores de calidad de vida y pobreza. En el quinto apartado, se expone el análisis estadístico sobre violencia psicológica, física, sexual y económica experimentada por mujeres de todos los grupos étnico-raciales por parte de sus conyugues, a partir de datos de la ENDS 2015. En la sexta sección, se exponen las reflexiones finales sobre el ejercicio de análisis propuesto. Por último, se presentan las referencias bibliográficas.

### **Interseccionalidad: género, raza y clase social**

Desde hace algunas décadas, la interseccionalidad se ha incluido en los estudios sociales como una perspectiva teórica y metodológica que intenta dar cuenta de las imbricadas relaciones de poder presentes en las sociedades. Mara Viveros (2016) resalta el papel de movimientos sociales como la Colectiva del Río Combahee y feministas negras estadounidenses como Angela Davis, Bell Hooks, Patricia Hill Collins, entre otras, quienes en la década de 1970 hicieron aportes significativos a esta perspectiva. Los planteamientos de estas feministas nacieron en contraposición al movimiento feminista hegemónico que denominaron como feminismo “blanco” o universalista, por desconocer categorías como la raza, la orientación sexual y la clase social dentro de su concepción de mujer.

El feminismo “blanco” hace referencia a las teorías de género que emergieron de la tesis de François Poullain de La Barre y fue retomada por Simone de Beauvoir (1999): “no se nace mujer, sino que se llega a hacerlo” (p. 13). Esta tesis planteaba que muchas de las características asociadas a las mujeres no eran definidas por su genética, sino por constructos sociales y culturales adquiridos mediante la educación. Con este planteamiento, buscaba desnaturalizar la noción de género y la idea de que las mujeres eran débiles —tanto física como intelectualmente— y estaban predestinadas al espacio doméstico. Este planteamiento fue revolucionario en su momento —la primera mitad del siglo XX—, sin embargo, únicamente contempló la experiencia de las mujeres blancas y burguesas (Viveros, 2016).

Patricia Hill Collins (2000) expresa que en la década de 1970, los movimientos feministas de mujeres afroamericanas percibieron que la teoría feminista estaba incompleta, ya que ocultaba bajo la universalidad de la categoría “mujer”, el racismo institucionalizado: mientras las feministas blancas asistían a congresos sobre teoría feminista, en sus hogares el estatus de raza y clase se imponía como condición de privilegio sobre sus empleadas domésticas: mujeres pobres y en su mayoría negras (Lorde, 2003); es decir que, la misma lógica de exclusión y discriminación del periodo colonial permeaba el hacer feminista. Por tanto, la principal crítica al feminismo “blanco” fue el desconocimiento de los contextos históricos y las experiencias individuales y colectivas de mujeres no blancas y obreras, que sufren el sexismo, pero a la vez son oprimidas por otras relaciones de poder como el racismo, el clasismo, el heterosexismo, la xenofobia, entre otras (Curiel, 2007).

Igualmente, el feminismo universalista fue criticado por su apreciación sobre la división de roles de género en el ámbito público y privado como evidencia de la división sexual del trabajo. Según esta corriente, la liberación de la mujer del trabajo doméstico y el derecho al trabajo asalariado, le permitirían lograr autonomía financiera y reconocimiento social. Sin embargo, varias mujeres negras criticaron dicha reivindicación debido a su marcado sesgo racista y clasista, ya que desconoce que desde el periodo colonial las mujeres negras han trabajado fuera del hogar, tanto en las calles como en los hogares blancos, y con ello no han logrado mayor autonomía ni reconocimiento (Collins, 2000). Aunque las mujeres negras han participado históricamente en ambas esferas, también son explotadas económicamente en la esfera laboral; su fuerza de trabajo ha sido concentrada en empleos de baja calificación y remuneración, lo cual en ocasiones puede desencadenar en acosos y abusos sexuales “legitimados” por estereotipos sexuales y racistas (Curiel, 2007).

Esto último está ligado a otra crítica al feminismo blanco en relación con la violencia de género. Aunque las mujeres negras, blancas y otras son afectadas por distintas violencias en el ámbito público y privado, las feministas no contemplan el racismo institucionalizado que hipersexualiza el cuerpo de las mujeres negras y que reproduce violencias particulares hacia estas, tanto en la esfera pública —la calle—, como en el espacio privado y el trabajo (Hook, 2004).

Igualmente, la concepción de la familia como institución que promueve la opresión sobre las mujeres al definir roles de género y suscitar la heterosexualidad normatizada también ha sido objeto de críticas por su sesgo racial. Este planteamiento no incluye la experiencia de mujeres que debido al racismo en la esfera pública y profundas situaciones de vulnerabilidad sociodemográfica —que las empujan a problemas de drogadicción, alcoholismo y delincuencia— encuentran en la familia un espacio de apoyo y de sobrevivencia emocional (Curiel, 2007).

Estas y otras críticas al feminismo “blanco” impulsaron en la década de 1970, el nacimiento del feminismo negro en los Estados Unidos. El feminismo negro buscaba ampliar el análisis de la situación de las mujeres teniendo en cuenta diversos sistemas de opresión: racismo, sexismo, heterosexismo, entre otros. Esta mirada a los múltiples sistemas de opresión hizo que las

experiencias de las mujeres negras fueran vistas como producto de relaciones históricas y sociales de poder y dominación que se remontan al colonialismo y la época de esclavitud (Curiel, 2007).

Sin embargo, solo hasta finales de la década de 1980 esta mirada múltiple e interrelacionada de las relaciones de poder tomó un nombre. Kimberlé Crenshaw (1989), abogada afroestadounidense, propuso en 1989 el concepto de interseccionalidad para explicar las opresiones por motivos de sexo, raza y clase, que vivían las trabajadoras negras de la compañía General Motors tanto en el ámbito laboral como el doméstico. Dos años después, Crenshaw (1991) también aplicó este concepto en un estudio sobre la violencia doméstica hacia mujeres negras en Estados Unidos, que eran aisladas socialmente tras ser golpeadas por sus parejas: por un lado, no eran atendidas por el sistema de salud, por otro lado, la violencia que sufrían no era un asunto de interés público. La autora señaló que dicho aislamiento se debía a la experiencia cruzada del sexismo, clasismo y racismo que estas mujeres experimentaban en sus vidas.

Posteriormente, el enfoque interseccional fue adoptado por la academia en contraposición a teorías analíticas en ciencias sociales que entendían la dominación en términos aditivos. El análisis matemático o aditivo supone que cada dominación se agrega a la otra, por ejemplo, una mujer negra, pobre y lesbiana, es cuatro veces dominada: experimenta la opresión del sexismo, racismo, clasismo y el heterosexismo. Por tanto, una vez abolido el racismo y el clasismo, esta mujer solo tendría que lidiar con el sexismo y la heterosexismo, situación que desconoce la articulación de las relaciones de dominación (Dorlin, 2009).

Dorlin (2009) plantea que este enfoque es problemático debido a que separa las relaciones de dominación, no permite entender su historicidad ni analizar los espacios en que suceden, por ejemplo, personas blancas y pobres pueden experimentar segregación en contextos de población mayoritariamente negra y rica. Es por esto que la interseccionalidad analiza las relaciones de poder en contexto; expresar que ciertos grupos racializados, sexualizados, con orientación sexual no hegemónica, etc. son sometidos en todos los contextos, invisibiliza otras efectuaciones de las relaciones de poder.

En la actualidad, el feminismo negro ha sido un referente crucial para el movimiento de mujeres negras, indígenas y migrantes alrededor del mundo, debido a su experiencia organizativa y a sus aportes epistemológicos y metodológicos que no se circunscriben solo a la academia, sino que se extienden al activismo feminista. En el contexto latinoamericano, esta perspectiva ha tenido eco en los trabajos de María Lugones (2008), Mara Viveros Vigoya (2016), Ochy Curiel (2007), Betty Ruth Lozano (2010), Claudia Mosquera Rosero-Labbé (2005), Jenny Posso (2008) entre otras, quienes a través de sus investigaciones han evidenciado la situación de las mujeres frente a los distintos sistemas de opresión que experimentan en contextos específicos.

En general, los estudios sobre la interseccionalidad han favorecido metodologías de carácter cualitativo como la etnografía, el estudio de caso, la genealogía, entre otras, ya que son más aptas para abordar la complejidad situacional de las imbricadas relaciones de poder, aunque en ocasiones han sido criticadas por no lograr experiencias compartidas de opresión y quedarse en el plano individual. Mientras que las metodologías cuantitativas han sido señaladas de ser reduccionistas y

tener dificultades para capturar las condiciones de vida específicas de las personas (Krauster y Ballesteros, 2018). Sin embargo, estas últimas pueden capturar las realidades estructurales en que se efectúan las relaciones de poder, aunque de forma sumatoria, y aportar a la visibilización de las vulnerabilidades que experimentan ciertos grupos humanos en contextos más amplios. El presente documento apunta a ese objetivo.

### **Perfil sociodemográfico de la población de Cali**

La tabla 1 ofrece una síntesis de los principales indicadores sociodemográficos generados por la EECV 2012 -2013<sup>7</sup> (Ministerio de Trabajo, 2013) a escala municipal y para los cinco conglomerados urbanos y la zona rural de Cali, según grupos étnico-raciales<sup>8</sup>. A nivel municipal se observa que la tasa de dependencia juvenil más elevada la registran las personas negras (35,6), seguidas de las blancas (35,4), mulatas (32,7), mestizas (30,8), y por último, indígenas (26,0), para una tasa promedio a nivel municipal de 33 personas menores de 15 años por cada 100 personas entre los 15 y 64 años. En el caso de la tasa de dependencia senil, el grupo poblacional con mayor tasa es el indígena (17,3), seguido del blanco (14,0), luego el mestizo (11,4), el mulato (10,3) y por último, el negro (8,1). Mientras que, la tasa de dependencia total más alta la presenta la población blanca (49,4), la cual supera por más de cinco puntos las tasas del resto de poblaciones (Tabla 1). Ello significa que la población afro es más joven, la indígena más envejecida y la población blanca más adulta o en edad productiva y reproductiva.

Al observar los indicadores sociodemográficos por conglomerados de comunas, el oriente muestra los valores relativos más altos en relación con los otros cuatro conglomerados en los siguientes indicadores: tasas de dependencia juvenil y total, razón de personas menores de 5 años por mujer en edad fértil, porcentaje de mujeres embarazadas, porcentaje de hogares con menores de 5 años, porcentaje de población con residencia en Cali menor a 5 años y mayor tamaño promedio del hogar. A la vez, los valores relativos más bajos en la tasa de dependencia senil y el índice de envejecimiento. Según esta primera aproximación, el oriente es la región urbana con mayor vulnerabilidad sociodemográfica, incluso comparándola con la ladera y la zona rural del municipio (tabla 1).

Ahora bien al desagregar la población del conglomerado oriente por grupos étnico-raciales, se encuentra en coherencia con el censo 2005, que el 49% las personas negras y mulatas habitan en esta comuna y presentan los indicadores por encima del resto de grupos étnico-raciales: tamaños promedio de hogar (hogares negros y mulatos registran cuatro personas), hogares con menores de

<sup>7</sup> La EECV 2012 -2013 se aplicó a una muestra de 30.458 personas residentes en el municipio de Cali, 45,7% hombres y 54,3% mujeres. El 30,8% de la población encuestada se autoidentificó como blanca, el 32,2% como mestiza, el 12,5% como negra, el 12,1% como mulata, y el 6% como indígena.

<sup>8</sup> En el presente y siguientes apartados la designación de poblaciones negras, mulatas, blancas, mestizas e indígenas hace alusión al autorreconocimiento étnico-racial que se hace a cada una de las personas encuestadas en la EECV 2012-2013, bajo la pregunta: *Usted se considera una persona 1. Indígena. 2. Negra. 3. Mulata. 4. Blanca. 5. Mestiza. Otra ¿Cuál? Los menores de edad y adultos u otros miembros que no puedan responder son clasificados por los miembros del hogar que pueden hacerlo.*

5 años (28,4% y 32,4% respectivamente), mujeres embarazadas en el momento de la encuesta (3,4% y 2,9%) y porcentaje de migrantes recientes<sup>9</sup> (21,1 y 16,3) (Tabla 1).

**Tabla 1.** Indicadores demográficos por grupo étnico-racial y conglomerados urbanos, zona rural y total Cali

Conglomerado	Indicador	Indígena	Negra	Mulata	Blanca	Mestiza	Total
Oriente	Tasa de Dependencia Juvenil	27,2	42,4	40,6	44,2	37,1	40,0
	Tasa de Dependencia Senil	14,9	5,3	7,5	9,3	7,6	7,8
	Tasa de Dependencia Total	42,1	47,8	48,1	53,5	44,7	47,8
	Índice de envejecimiento	54,7	12,6	18,6	21,0	20,5	19,6
	Razón de personas menores de cinco años por mujeres de edad fértil	22,1	30,1	35,1	34,3	27,1	30,6
	% de mujeres embarazadas en el momento de la encuesta	3,4	3,4	2,9	1,8	2,2	3,0
	Índice total de masculinidad	0,93	0,86	1,00	0,94	0,93	0,93
	% de hogares con menores de 5 años	18,0	28,4	32,4	20,3	22,1	24,0
	% de residencia en Cali menor a 5 años	11,4	21,1	16,3	13,4	11,2	14,6
	Tamaño promedio del hogar	3,4	4,1	4,1	3,7	3,8	3,9
Centro Oriente	Tasa de Dependencia Juvenil	22,0	33,1	31,3	28,1	29,3	29,1
	Tasa de Dependencia Senil	13,2	12,8	11,7	15,7	14,3	14,1
	Tasa de Dependencia Total	35,2	45,9	43,0	43,7	43,6	43,3
	Índice de envejecimiento	59,9	38,7	37,6	55,8	48,9	48,4
	Razón de personas menores de cinco años por mujeres de edad fértil	12,1	25,4	18,6	32,9	21,2	24,6
	% de mujeres embarazadas en el momento de la encuesta	4,0	1,7	4,9	0,8	1,1	1,7
	Índice total de masculinidad	0,98	0,89	0,99	0,99	0,88	0,95
	% de hogares con menores de 5 años	10,9	23,8	11,6	17,4	15,2	16,6
	% de residencia en Cali menor a 5 años	11,1	12,8	8,3	10,4	8,0	9,7
	Tamaño promedio del hogar	3,2	4,2	3,8	3,6	3,7	3,7
Centro Norte	Tasa de Dependencia Juvenil	26,2	21,5	28,7	36,9	31,7	31,9
	Tasa de Dependencia Senil	20,8	12,1	14,3	12,3	13,3	13,3
	Tasa de Dependencia Total	47,0	33,6	42,9	49,2	45,0	45,2
	Índice de envejecimiento	79,5	56,3	49,8	33,3	41,9	41,6
	Razón de personas menores de cinco años por mujeres de edad fértil	22,9	15,5	22,4	27,5	21,5	22,5
	% de mujeres embarazadas en el momento de la encuesta	2,2	4,0	0,4	2,2	0,8	1,8
	Índice total de masculinidad	1,00	0,94	1,06	0,97	0,89	0,96
	% de hogares con menores de 5 años	14,6	16,2	16,9	16,2	13,8	15,0
	% de residencia en Cali menor a 5 años	13,3	12,5	10,1	9,8	10,6	10,2
	Tamaño promedio del hogar	3,4	3,6	3,4	3,4	3,4	3,4
Ladera	Tasa de Dependencia Juvenil	28,0	18,7	33,8	41,5	27,7	33,3
	Tasa de Dependencia Senil	16,8	7,1	8,5	13,0	9,8	11,8
	Tasa de Dependencia Total	44,8	25,7	42,3	54,5	37,5	45,0
	Índice de envejecimiento	64,5	47,0	25,2	31,3	35,3	35,4

<sup>9</sup>La población migrante reciente es la que hace cinco años habitaba en un lugar distinto a Cali.

*Vulnerabilidad sociodemográfica y violencia contra mujeres negras en Cali, una ciudad racializada*

	Razón de personas menores de cinco años por mujeres de edad fértil	11,6	20,5	21,8	39,8	19,1	26,7
	% de mujeres embarazadas en el momento de la encuesta	1,2	0,3	0,2	3,0	2,7	2,1
	Índice total de masculinidad	0,67	1,08	0,83	0,91	1,00	0,92
	% de hogares con menores de 5 años	8,3	19,3	20,0	23,4	19,0	19,8
	% de residencia en Cali menor a 5 años	17,2	8,8	9,8	14,2	9,5	12,0
Corredor Norte-Sur	Tamaño promedio del hogar	3,5	3,6	3,8	3,5	3,7	3,6
	Tasa de Dependencia Juvenil	16,9	30,3	17,3	26,1	18,1	22,6
	Tasa de Dependencia Senil	18,4	9,2	11,2	20,6	13,8	16,8
	Tasa de Dependencia Total	35,3	39,5	28,4	46,7	31,9	39,4
	Índice de envejecimiento	109,4	30,5	65,9	79,1	75,9	74,1
	Razón de personas menores de cinco años por mujeres de edad fértil	16,0	24,6	13,0	20,4	13,1	17,1
	% de mujeres embarazadas en el momento de la encuesta	14,2	0,4	0,0	0,5	0,4	0,8
	Índice total de masculinidad	1,01	0,77	1,04	0,87	0,84	0,86
	% de hogares con menores de 5 años	8,5	21,0	7,3	10,5	11,0	10,6
	% de residencia en Cali menor a 5 años	5,3	14,0	10,2	9,4	7,8	9,3
Rural	Tamaño promedio del hogar	2,6	2,8	2,7	2,8	3,0	2,9
	Tasa de Dependencia Juvenil	44,1	23,4	19,0	26,0	37,3	30,7
	Tasa de Dependencia Senil	20,5	15,2	13,2	18,3	8,9	14,1
	Tasa de Dependencia Total	64,6	38,6	32,2	44,3	46,3	44,8
	Índice de envejecimiento	54,5	53,6	69,7	72,3	23,9	45,9
	Razón de personas menores de cinco años por mujeres de edad fértil	28,1	13,9	12,8	36,7	34,6	26,7
	% de mujeres embarazadas en el momento de la encuesta	0,0	0,0	0,0	1,7	3,1	1,3
	Índice total de masculinidad	1,04	0,94	1,05	1,00	0,98	1,00
	% de hogares con menores de 5 años	16,2	10,5	17,5	12,3	25,0	18,0
	% de residencia en Cali menor a 5 años	8,9	3,5	5,8	13,9	14,5	10,6
Total	Tamaño promedio del hogar	3,4	3,5	3,5	3,3	3,6	3,5
	Tasa de Dependencia Juvenil	26,0	35,6	32,7	35,4	30,8	33,0
	Tasa de Dependencia Senil	17,3	8,1	10,3	14,0	11,4	12,0
	Tasa de Dependencia Total	43,3	43,7	43,0	49,4	42,2	44,9
	Índice de envejecimiento	66,3	22,9	31,4	39,7	36,9	36,3
	Razón de personas menores de cinco años por mujeres de edad fértil	17,8	26,3	25,5	30,4	22,1	25,5
	% de mujeres embarazadas en el momento de la encuesta	3,3	2,9	2,1	1,6	1,5	2,1
	Índice total de masculinidad	0,90	0,88	0,99	0,94	0,91	0,93
	% de hogares con menores de 5 años	13,3	24,2	20,3	16,7	16,6	17,9
	% de residencia en Cali menor a 5 años	12,5	17,4	12,0	11,3	10,0	11,7
	Tamaño promedio del hogar	3,3	3,9	3,6	3,4	3,6	3,5

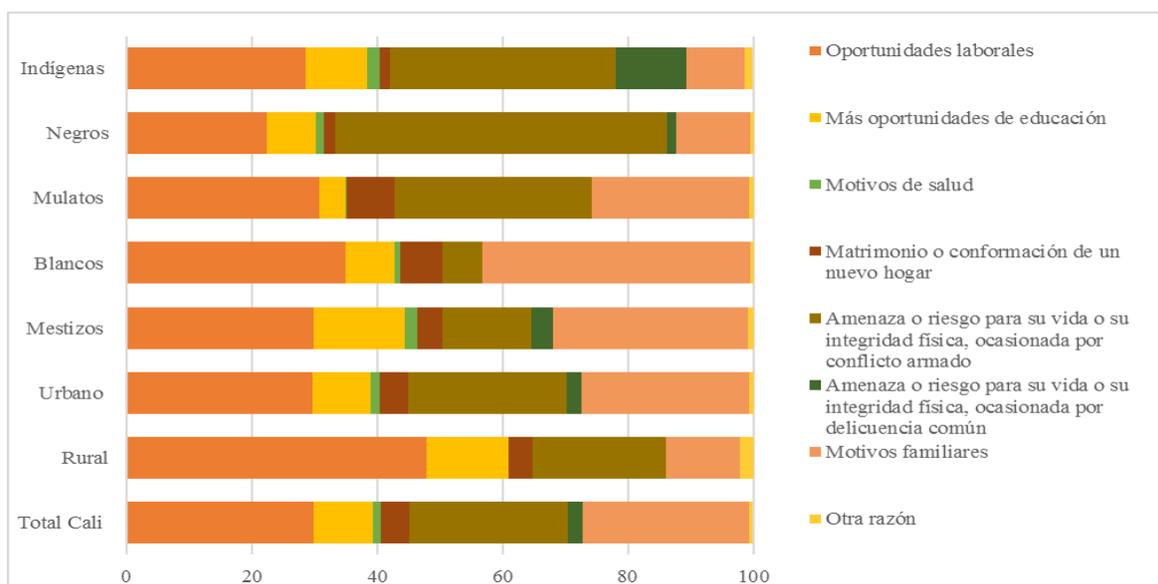
**Fuente:** Encuesta de Empleo y Calidad de Vida de Cali, 2012- 2013 (Ministerio de Trabajo, 2013).  
Cálculos propios.

Lo anterior permite inferir que en el conglomerado oriente, lugar donde se concentra casi la mitad de la población negra del municipio, existen condiciones sociodemográficas que fomentan una alta vulnerabilidad, lo cual se evidencia en la tasa de población infantil y juvenil negra dependiente de sus familiares o acudientes en edad para trabajar. Barbary (1999) señala que existe un prejuicio racista generalizado en la ciudad el cual afirma que las *mujeres negras tienen muchos hijos* o por lo menos más que sus congéneres blancas/mestizas; sin embargo, esto no se percibe en los sectores de clase media alta y alta como el corredor-sur. Barbary afirma que la encuesta Cidse Banco Mundial de 1999 encontró que la tasa de fecundidad de las mujeres afros—quienes cuentan con mejores niveles educativos y presentan menor vulnerabilidad sociodemográfica— no supera la de las mujeres de otros grupos étnico-raciales. En el caso de la EECV 2012-2013 (Ministerio de Trabajo, 2013), esto se observa en el porcentaje de las mujeres embarazadas en el momento de la encuesta y en el tamaño promedio del hogar, los cuales son similares a los de las otras mujeres (Tabla 1). En este sentido, se puede concluir que las mujeres negras no tienen más hijos, sino que son más pobres; es decir, que “existe una correlación entre la alta fecundidad y la pobreza” (Barbary, 1999, p. 12).

Otro factor que afecta a la gente es la migración reciente, principalmente desde zonas rurales, lo cual puede interpretarse como un mayor hándicap que se refleja en el ámbito laboral, educativo, en el acceso a servicios de salud, etc. Entre los motivos de la migración, más de la mitad de la población negra expresa que la decisión de migrar se debió a *amenaza o riesgo para su vida o integridad física ocasionada por el conflicto armado*. Caso contrario a las poblaciones blancas y mestizas que migraron principalmente por *motivos familiares y laborales* (Figura 2).

Esta situación muestra que la población negra es doblemente vulnerable; por un lado, tiene los hogares con mayor tamaño y dependencia juvenil, por otro lado, han experimentado más situaciones de violencia a causa del conflicto armado, por ende, las consecuencias que conlleva la guerra tanto a nivel social y psicológico. En el caso de las mujeres, pueden ser víctimas por el homicidio o desaparición de sus parejas o familiares, violencia sexual, desplazamiento forzado, entre otras múltiples violencias que ocurren en el marco del conflicto armado.

**Figura 2.** Distribución de la población migrante reciente según el motivo de su llegada a la ciudad, por grupo étnico-racial para la zona urbana, rural y Cali total.



**Fuente:** Encuesta de Empleo y Calidad de Vida de Cali, 2012- 2013 (Ministerio de Trabajo, 2013).  
Cálculos propios.

### Mercado laboral y calidad de vida de las mujeres afrodescendientes en Cali según EECV 2012 -2013

La participación en el mercado laboral es la principal forma de obtener los medios de vida en el mundo moderno. El empleo y la calidad de este tienen una alta incidencia en el nivel de bienestar de las personas y el de sus hogares. El mercado laboral puede ser entendido como un conjunto de arreglos que ubica a los trabajadores y las trabajadoras de acuerdo con sus características de capital humano y preferencias; es decir, que las diferencias salariales, ocupacionales y de contratación, serían consecuencias de la interacción entre las habilidades y preferencias de las personas (Viáfara *et al.*, 2016). No obstante, esta visión excluye características adscriptivas como la raza, el sexo, la clase social, entre muchas otras, que son factores cruciales para entender las inequidades sociohistóricas y la mayor vulnerabilidad de ciertos grupos sociales, como la población negra (Collins, 2000; Hook, 2000).

Las oportunidades de inserción al mercado laboral son afectadas por la discriminación presente en el mismo. En el mercado laboral, la discriminación puede ser entendida de dos maneras: la primera, es la discriminación pre-mercado que consiste en la carencia de oportunidades en la adquisición de capital humano para participar en el mercado laboral; en otras palabras, “la discriminación premercado provoca que las personas afrodescendientes e indígenas tengan privaciones para la adquisición de estados y acciones (tener educación de calidad, disfrutar de buena salud, estar bien nutrido, habitar en una vivienda adecuada), los cuales son esenciales para participar en igualdad de condiciones en el mercado laboral” (Viáfara *et al.*, 2016, p. 67).

La segunda forma de discriminación es la de mercado, la cual consiste en el trato diferencial a las personas de acuerdo con características observables como son la raza, el sexo, la clase social, entre

otras. Este tipo de discriminación también empuja a los grupos étnico-raciales, como es el caso de las personas negras, a desempeñarse en trabajos precarios, por ende, a tener una sobrerrepresentación entre los sectores sociales más pobres. Lo anterior, genera un continuo generacional en donde la discriminación hacia los padres y madres puede afectar las posibilidades de mejorar las condiciones de vida y ascenso social de los hijos e hijas (Viáfara *et al.*, 2016).

La discriminación de mercado, aunque afecta tanto a hombres como a mujeres, es más acentuada en el caso de estas últimas. Sobre las mujeres negras, no solo recae un menor capital humano que restringe sus oportunidades de inserción al mercado laboral, sino también estereotipos racistas y sexistas que reducen su competitividad al presentarse a un empleo. Entre los estereotipos que sobresalen se encuentra el de la mujer negra hipersexualizada, considerada salvaje, fogosa y con gran apetito sexual, estereotipo que la hace vulnerable al acoso y abuso sexual (Hellebrandová, 2014). Del mismo modo, está el estereotipo de la *mammy* o la mujer negra servil, sumisa y asexuada, que carga el mundo en su espalda sin gimotear, que reconoce su inferioridad y tiene toques maternos (Ford, 2008). Debido a este estereotipo suelen a las mujeres negras con los trabajos de servicio doméstico y de cuidado.

Igualmente, pervive la imagen de la matriarca, una mujer fuerte, terca y agresiva, poco femenina y físicamente no deseable (Ford, 2008; Collins, 2000). El estereotipo de la matriarca puede afectar la competitividad laboral de las mujeres negras, debido a las concibe estéticamente no deseables para desempeñar ciertos cargos, ya que no cumplen con la imagen de belleza —piel clara, cabello liso, delgadez, entre otros— y de comportamiento femenino estandarizado. Los anteriores estereotipos de las mujeres negras refuerzan la discriminación y el rechazo social, y sumados a su precario capital humano acumulado, aumentan su vulnerabilidad sociodemográfica.

En los siguientes apartados se presentan algunos indicadores básicos de mercado laboral y de calidad de vida de la población de Cali por grupo étnico-racial y género, los cuales permiten apreciar las oportunidades de inserción al mercado laboral de las personas negras, especialmente las mujeres, y cómo las discriminaciones pre-mercado y en el mercado afectan sus condiciones de vida.

### **Indicadores básicos de mercado laboral: TGP, TO y TD**

La tabla 2 presenta los indicadores básicos de mercado laboral según característica étnico-racial y género para el conjunto de Cali según la EECV-Cali 2012-2013 (Ministerio de Trabajo, 2013). Los datos muestran que los grupos negro e indígena presentan una leve mayor tasa global de participación –TGP en comparación con los otros grupos, siendo más evidentes los contrastes entre las mujeres. En este sentido, se infiere que las personas negras e indígenas, particularmente las mujeres, hacen mayor uso de su fuerza de trabajo para sobrellevar su situación de vulnerabilidad (Viáfara *et al.*, 2016).

En el caso de las tasas de ocupación – TO, la población negra exhibe menor TO en comparación con los otros grupos étnico-raciales, lo cual puede significar que estas personas presentan poca demanda laboral por parte de los empleadores, situación que aumenta la informalidad laboral y los

subempleos o trabajos en precarias condiciones (Harris y Todaro, 1970); es decir, de bajos ingresos, inestables y sin prestaciones sociales (Tabla 2). El testimonio de Rosa Elena Agredo, una mujer negra del oriente de Cali registrado por Vicenta Moreno en el artículo “Ay Dios baja y ve como las mujeres afrocolombianas resisten al destierro” da cuenta de la dificultad de muchas mujeres negras del oriente de la ciudad para encontrar un empleo formal:

Yo estoy trabajando como empleada doméstica desde los 14 años. Durante ese tiempo he trabajado en tres restaurantes. Actualmente estoy trabajando en uno de ellos. En ninguno me he ganado ni siquiera el mínimo ni he tenido prestaciones de servicios ni nada de eso. Si a mí me dijeran que trabajara como jefe de cocina ¡ve! ¡Yo de una me iría! ¿Sabe que me gustaría?, es conseguir un trabajo donde tuviera todo, su liquidación, prestación, su seguro (Moreno, 2013, p. 431).

El trabajo doméstico, como una herencia de la época colonial, es el más factible para las mujeres negras con bajo nivel educativo, pero por la poca remuneración, resultan menos deseados; esta situación las incita a desempeñarse en actividades laborales informales como las ventas ambulantes. El testimonio de Natividad Grueso, también registrado por Vicenta Moreno, ilustra la situación de informalidad y precariedad laboral que vive esta población:

Me vine a Cali en la búsqueda de posibilidades de salud y de trabajo. Empecé a trabajar en el 97 vendiendo chontaduro<sup>10</sup> porque unas amigas más trabajaban vendiendo chontaduro y les iba bien. Con la venta del chontaduro he sostenido a mis hijas aunque mi marido siempre me ayuda. Yo prefiero vender que trabajar en casas de familia porque me va mejor (Moreno, 2013, p. 431).

En este testimonio, se destaca la migración de la población negra a Cali en los últimos años y cómo las redes familiares y de amigos o amigas son un medio de apoyo para insertarse en el mercado de trabajo; además, evidencia la importancia del trabajo femenino para el sustento del hogar.

La informalidad y subempleo laboral de las personas negras también puede explicarse por el alto desempleo que presentan en la ciudad, debido a una reducida oferta de empleo para esta población. La tasa de desempleo - TD por grupo étnico racial que registra la EECV-Cali 2012-2013 (Ministerio de Trabajo, 2013), corrobora lo anterior: la población negra presenta la TD más alta en relación con los otros grupos étnico-raciales: por cada 100 personas negras en edad para trabajar, 21 se encuentran desempleadas; mientras que, en el caso de la población blanca, la TD es de 13,7. Al desagregar por género, se encuentra que la TD es ostensiblemente mayor para las mujeres negras (27,3) en relación con los hombres negros (15), y claramente superior que la de sus congéneres de los otros grupos étnico-raciales, en el caso de las mujeres blancas es de 17,3 (Tabla 2).

---

<sup>10</sup> Fruta nativa de la costa pacífica colombiana, comercializada en varias regiones del país. En el caso de Cali, es común encontrar mujeres negras vendiendo chontaduro, mango viche, grosellas, entre otras frutas provenientes del Pacífico, en calles y plazas de la ciudad.

**Tabla 2.** Indicadores estándar del mercado laboral en Cali por grupo étnico-racial y género

Grupo étnico Racial	Género	TGP	TO	TD
<b>Indígena</b>	Hombre	72,6	65,7	9,6
	Mujer	54,0	43,2	20,0
	Total	62,8	53,8	14,3
<b>Negra</b>	Hombre	70,2	59,7	15,0
	Mujer	57,1	41,5	27,3
	Total	63,1	49,8	21,1
<b>Mulata</b>	Hombre	71,9	63,0	12,5
	Mujer	54,1	44,4	18,0
	Total	62,7	53,3	15,0
<b>Blanca</b>	Hombre	72,4	64,5	10,9
	Mujer	53,2	44,0	17,3
	Total	62,4	53,8	13,7
<b>Mestiza</b>	Hombre	72,6	63,8	12,2
	Mujer	53,0	42,7	19,4
	Total	62,1	52,5	15,5
<b>TOTAL</b>	Hombre	72,3	63,5	12,3
	Mujer	53,3	42,7	19,9
	Total	62,3	52,5	15,7

**Fuente:** Encuesta de Empleo y Calidad de Vida de Cali noviembre 2012- enero 2013 (Ministerio de Trabajo, 2013), cálculos propios.

No obstante, cabe señalar que las mujeres negras con niveles educativos altos –pregrado y posgrado– también presentan dificultades para acceder a empleos calificados y bien remunerados, que de por sí ya son difíciles de adquirir por su condición de género. Estas son afectadas por estereotipos racistas que relacionan el trabajo doméstico, entre otros empleos manuales no calificados, con esta población (Cuero, 2018). Por tanto, es necesario incluir la perspectiva interseccional y la transversalización del género en la aplicación de políticas públicas en favor de la igualdad en el acceso al mercado laboral; además de generar cambios conductuales en la ciudadanía que soporten y promuevan estas iniciativas.

### Brechas de ingresos

Uno de los aspectos que permite observar la discriminación en el mercado laboral son los ingresos. La EECV 2012-2013 (Ministerio de Trabajo, 2013) muestra que la población negra e indígena, particularmente las mujeres, perciben los salarios más bajos de todos los otros grupos étnico-raciales del municipio. Al comparar los ingresos de las mujeres negras con las blancas, se encuentra una brecha de 3.817 COP por hora, a favor de las segundas, y al observar la proporción del ingreso ganado de las mujeres negras frente al de los hombres blancos —quienes reciben los mayores ingresos entre todos los grupos—, se encuentra que en promedio las mujeres negras ganan el 55,3% del salario de estos por hora (Tabla 3).

**Tabla 3.** Ingreso laboral por hora por grupo étnico-racial y género

<b>Grupo étnico-racial</b>	<b>Género</b>	<b>Ingreso laboral por hora</b>	<b>% con respecto a los hombres blancos</b>
<b>Indígena</b>	Hombre	4.014	60,8
	Mujer	3.817	57,8
<b>Negra</b>	Total	3.929	59,5
	Hombre	4.108	62,2
<b>Mulata</b>	Mujer	3.656	55,3
	Total	3.896	59,0
<b>Blanca</b>	Hombre	4.484	67,9
	Mujer	4.329	65,5
<b>Mestiza</b>	Total	4.418	66,9
	Hombre	6.606	100,0
<b>Total</b>	Mujer	5.378	81,4
	Total	6.083	92,1
<b>Total</b>	Hombre	4.539	68,7
	Mujer	4.503	68,2
<b>Total</b>	Total	4.523	68,5
	Hombre	5.062	76,6
<b>Total</b>	Mujer	4.539	68,7
	Total	4.836	73,2

**Fuente:** Encuesta de Empleo y Calidad de Vida de Cali, noviembre 2012- enero 2013 (Ministerio de Trabajo, 2013), cálculos propios.

Esto puede explicarse por la menor acumulación de capital humano por parte de las mujeres negras en relación con las mujeres y hombres blancos y mestizos, que las obliga a desempeñarse en empleos manuales no calificados y poco remunerados. Lo anterior puede apreciarse en la entrevista que Vicenta Moreno realiza a Juana Hurtado, mujer negra de 65 años:

Yo empecé a trabajar como niñera a los 9 años y a veces me tocaban unos muchachos más grandes que yo, los bañaba, les cantaba, de vez en cuando le metía sus palmaditas, cuando me la querían montar; pero por lo general me querían mucho, yo les hacía reír y por eso me hacían más caso a mí que a los propios padres. Hasta grande trabajé de niñera y yo me la pasaba jugando con los niños (Moreno, 2013, p. 431).

Este testimonio evidencia la participación de la mujer negra en trabajos no calificados desde muy temprana edad, por consiguiente, las dificultades que presentan en la acumulación de capital humano en términos de acceso a educación de calidad, debido a la inasistencia escolar. En síntesis, aunque la menor acumulación de capital humano es un factor que incide en la brecha salarial y en los cargos que se ocupan, los resultados corroboran que la característica étnico-racial acentúa las

desigualdades de género en el mercado laboral de Cali y en general en el país (Viáfara y Urrea, 2006). Aunque las mujeres de todos los grupos étnico-raciales ganan menos que los hombres, resulta más alarmante el caso de las mujeres negras.

### **Indicadores de calidad de vida y pobreza**

Al observar el índice de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), el cual mide las características de la vivienda y la dependencia económica de los hogares, se encuentra que el NBI del área urbana es de 8,5%, siendo los hogares con jefatura masculina los de más alto NBI en relación con los de jefatura femenina, 8,9% y 8,0% respectivamente. En el caso de los grupos étnico-raciales, los hogares con jefes negros y mulatos presentan los más altos NBI, en relación con los hogares de jefes blancos o mestizos. No obstante, es entre los hogares con jefatura femenina negra e indígena que se encuentran los más altos índices entre todos los grupos étnico-raciales por género (Figura 3), posiblemente porque son las mujeres que reciben los peores ingresos, situación que dificulta la satisfacción de las necesidades básicas.

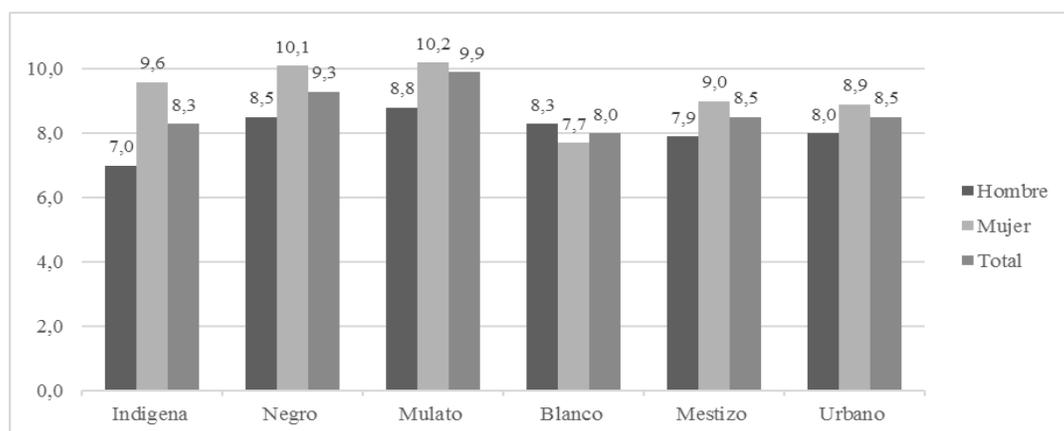
En correspondencia con el NBI, el Índice de Condiciones de Vida<sup>11</sup> (ICV) exhibe resultados similares. Las poblaciones indígena y negra presentan los ICV más bajos del municipio, seguida de la población mulata, mestiza y blanca. Es importante destacar que los hogares de población negra e indígena con jefatura femenina ostentan puntajes más bajos de ICV, distinto a lo que sucede con los hogares de jefatura femenina de los otros grupos étnico-raciales, donde los índices son similares al de los hogares masculinos o incluso superior, como es el caso de los hogares de jefas blancas.

En síntesis, los resultados del ICV confirman que las mujeres negras y también las indígenas en Cali, son afectadas tanto por la característica étnico-racial como por el género, ya que enfrentan mayores situaciones de inequidad social, por tanto, presentan las peores condiciones de vida (Figura 4).

---

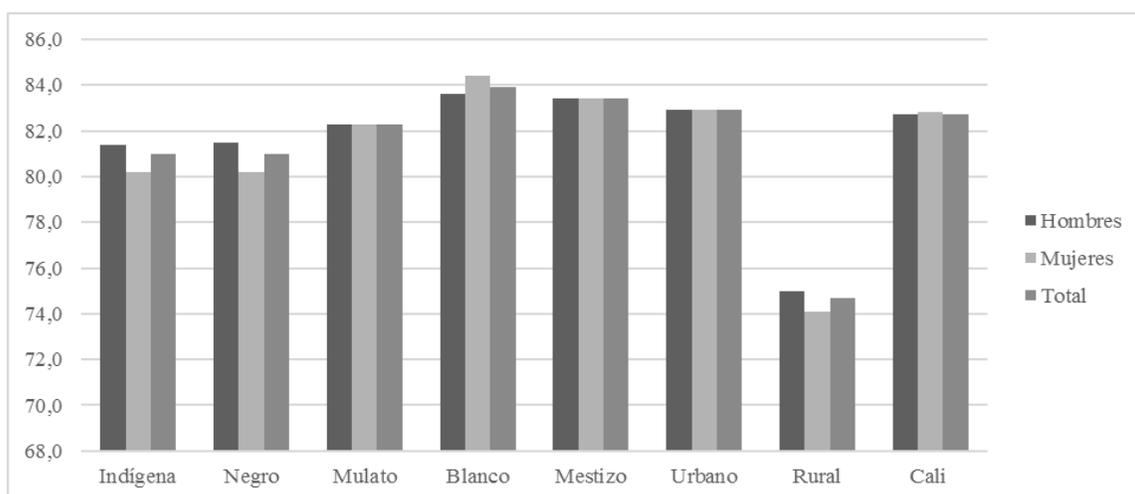
<sup>11</sup> Este índice fue creado por el Departamento Nacional de Planeación de Colombia – DANE para caracterizar la pobreza y condiciones de vida de la población. “El ICV obtiene información sobre los objetos de valor (las realizaciones y las El ICV contiene información (...) sobre la posesión de ciertos bienes (materiales de la vivienda, educación, etc.) y la manera de vivir (hacinamiento, etc.)” (Cortés *et al.*, 1999, p. 5).

**Figura 3.** Distribución de la población por NBI según condición étnico-racial y género.



**Fuente:** EECV-Cali 2012-2013 (Ministerio de Trabajo, 2013). Cálculos propios.

**Figura 4.** Distribución de la población por ICV según condición étnico-racial y género.



**Fuente:** EECV 2012-2013 (Ministerio de Trabajo, 2013), cálculos propios.

### **Violencias en la esfera privada contra las mujeres por grupo étnico-racial según la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS) 2015**

A la vulnerabilidad sociodemográfica que experimentan las mujeres se suma el efecto de las violencias de género (sexuales, físicas, psicológicas y económicas) que enfrentan en sus hogares por parte de sus parejas o de otros miembros del hogar. Entre los principales hallazgos del componente de violencia género de la Encuesta Nacional de Demografía y Salud – 2015 para el área metropolitana de Cali y Yumbo, se encuentra que las mujeres más afectadas por la violencia en la esfera privada son las indígenas, seguidas de las negras.

La feminista estadounidense Bell Hook (2000) plantea que la violencia patriarcal en la esfera doméstica se ha basado en las relaciones de poder y dominación, sustentadas en la creencia de que

una persona (generalmente el hombre o el patriarca) controle y domine a las otras (en especial a las mujeres, a los niños y niñas) en el hogar a través de distintos dispositivos de ejercicio del poder donde las violencias, sean psicológicas, físicas, sexuales, entre otras, son parte de dichas estrategias disciplinarias. Hook propone utilizar el concepto de violencia patriarcal en lugar de violencia doméstica, debido a que la violencia patriarcal está estrechamente asociada al sexismo y al pensamiento sexista; mientras que la violencia doméstica ha sido históricamente asociada a lo íntimo o privado.

Existe un refrán popular que claramente demuestra lo anterior: *la ropa sucia se lava en casa*; es decir, los conflictos de pareja se solucionan en pareja, no es conveniente que personas externas se inmiscuyan. Pensamientos como este aumentan la vulnerabilidad de las personas que experimentan violencias en sus hogares, especialmente las mujeres, debido a que prefieren no denunciar e intentan solucionar los conflictos por sus propios medios. El miedo a una violencia mayor, la culpabilización, las dependencias económica y emocional, las creencias religiosas, la justificación de la violencia por el exceso de alcohol o la naturalización de la violencia a causa de una historia familiar de continuos abusos, son factores que reproducen la violencia patriarcal y afectan la calidad de vida de las mujeres.

En este sentido, las violencias contra las mujeres deben ser analizadas como un fenómeno complejo, donde intervienen patrones culturales que no solo naturalizan el comportamiento violento de algunos hombres, sino que también culpan a las mujeres afectadas que no se sienten apoyadas por sus redes cercanas y temen denunciar por represalias. A la par, estos factores culturales están atravesados por aspectos como la raza, la clase social, entre otros, que acrecientan las violencias (Hook, 2000).

Teniendo en cuenta lo anterior, en el presente apartado se analiza el componente de género de la ENDS 2015 (Minsalud, 2017), cuya población objetivo son mujeres de edades entre 13 a 69 años que habitan en zonas urbanas y rurales de 1.122 municipios de los 32 departamentos de Colombia (Minsalud, 2016). El análisis se enfoca en el efecto de la variable étnica-racial sobre los diferentes tipos de violencia contra las mujeres en el marco de relaciones de pareja para el caso del área metropolitana de Cali. La encuesta contempla tres tipos de violencia en el marco de las relaciones de pareja sin referencia al tiempo de ocurrido el evento: psicológica, física y sexual. También, incluye cuatro tipos de violencia según el tiempo de ocurrencia del evento (año pasado / últimos doce meses): psicológica, física, económica y sexual.

### **Violencias contra las mujeres en el marco de las relaciones de pareja, sin referencia al tiempo de ocurrido el evento**

La ENDS 2015 (Minsalud, 2017) define la violencia psicológica según lo descrito en la Ley 1257 de 2000:

consecuencia proveniente de la acción u omisión destinada a degradar o controlar las acciones, comportamientos, creencias y decisiones de otras personas, por medio de intimidación, manipulación, amenaza, directa o indirecta, humillación,

aislamiento o cualquier otra conducta que implique un perjuicio en la salud psicológica, la autodeterminación o el desarrollo personal (Ley 1257 de 2008, citado en Minsalud, 2016, p. 78).

Para medir este tipo de violencia sin referencia al tiempo de ocurrencia del evento, la encuesta incluye once preguntas sobre manifestaciones de violencia psicológica (Tabla 4). En términos generales, los resultados para Cali muestran que las mujeres indígenas y afrodescendientes registran mayores situaciones de violencia psicológica por parte de sus parejas, en comparación con sus congéneres blancas/mestizas. Las mujeres indígenas y negras manifiestan que han experimentado violencia psicológica principalmente cuando sus parejas: *no cuentan con ellas para asistir a reuniones sociales* (indígenas 51,2% y afros 34,3), *las acusan de infidelidad* (48,5 y 43,2), *y les insisten en saber dónde están o estaban todo el tiempo* (48,4% y 46,5%). El cuarto tipo de violencia psicológica que registran las indígenas por parte de sus parejas es que les digan frases como: *usted no sirve para nada, usted nunca hace nada bien, usted es una bruta o mi mamá me hacía mejor las cosas* (38%); mientras que en las afrodescendientes es más común que *les impidan contactarse con sus amigos o amigas* (32,6%) (Tabla 4).

En la tabla 5 se encuentran los porcentajes de número de violencias psicológicas que registran las mujeres. Los datos arrojan que, en el primer lugar, están las indígenas (el 31,9% expresa haber experimentado cinco tipos de violencia psicológica y 14,19% ha sufrido siete tipos de violencias), en el segundo lugar, las afrodescendientes (19% manifiestan haber experimentado tres tipos de violencia psicológica y 13,8% cuatro tipos de violencias), y por último, las blancas /mestizas (16,7% han sufrido dos tipos de violencia psicológica, y 12,6%, un tipo de violencia). En el caso de si la encuestada ha sufrido alguna violencia psicológica, son las mujeres afrodescendientes e indígenas las que registran el mayor porcentaje en relación con las blancas/mestizas, 78,6%, 76,6% y 69,3% respectivamente (Tabla 5).

Ahora bien, en relación con la violencia física, la encuesta captura seis ítems. En general, se puede expresar que son más altos los porcentajes de violencia física para las mujeres indígenas y afrodescendientes que para las blancas/mestizas. Las principales violencias físicas que registran las mujeres indígenas y negras son: *empujones o zarandeos* (43,9% y 41% respectivamente), *golpes con la mano* (26,8% y 28,6) y haber sido *arrastradas o pateadas* (26,8% y 12,6%). El cuarto tipo de violencia física que más experimentan las mujeres indígenas son los *ataques con cuchillo o arma de fuego* (10,25%), mientras que en las afrodescendientes son *los golpes con algún objeto* (5,3%). En el caso de si han sido víctimas de violencia sexual, se encuentra que las indígenas son las más afectadas (10,2%), seguidas de las blancas/mestizas (7,3%) y las negras (6,6%) (Tabla 6).

**Tabla 4.** Tipos de violencias psicológicas por grupo étnico-racial

Grupo étnico-racial	<i>Esposo la acusa de infidelidad</i>	<i>Le ha impedido (le impidió) encontrarse con sus amiga(o)s</i>	<i>Ha tratado (trató) de limitar sus contactos con su familia</i>	<i>Ha insistido (insistió) en saber dónde está (estaba) todo el tiempo</i>	<i>La ha ignorado (la ignoró)/no se dirige (dirigió) a usted</i>	<i>No ha contado (contó) con ud. para reuniones sociales o familiares</i>	<i>No le ha consultado (le consultó) las decisiones importantes</i>	<i>La ha amenazado o (la amenazó) con un cuchillo, arma de fuego</i>	<i>Se ha referido (refirió) como: ud. no sirve para nada, ud. nunca hace nada bien, ud. es una bruta o mi mamá me hacía mejor las cosas</i>	<i>La ha amenazado con abandonarla/irs e con otra mujer</i>	<i>La ha amenazado (la amenazó) con quitarle los hijos(as)</i>
Indígena	48,5%	36,8%	12,1%	48,4%	34,6%	51,2%	30,7%	12,7%	38,0%	29,3%	31,7%
Afrodescendiente	43,2%	32,6%	18,5%	46,5%	15,7%	34,3%	21,6%	9,6%	20,8%	15,3%	17,1%
Ninguno de los anteriores	35,3%	22,9%	13,4%	35,1%	14,8%	30,1%	17,9%	5,3%	18,1%	13,3%	9,5%
Total	37,2%	25,1%	14,2%	37,5%	15,7%	31,6%	19,0%	6,3%	19,3%	14,2%	11,6%

**Fuente:** ENDS – 2015 (Minsalud, 2017). Cálculos propios.

**Tabla 5.** Número de violencias psicológicas por grupo étnico-racial<sup>12</sup>

Grupo étnico-racial/ Número de violencias	Ninguna	Una	Dos	Tres	Cuatro	Cinco	Seis	Siete	Ocho	Nueve
Indígena	23,4%	9,2%	2,6%	9,3%	9,5%	31,9%	0,0%	14,2%	0,0%	0,0%
Afrodescendiente	21,4%	12,4%	9,4%	18,9%	13,8%	8,0%	6,0%	6,3%	2,8%	1,1%
Ninguno de los anteriores	30,7%	12,6%	16,6%	11,7%	10,0%	6,6%	4,3%	4,1%	1,3%	2,1%
Total	28,8%	12,4%	14,9%	12,8%	10,6%	7,8%	4,4%	4,8%	1,5%	1,9%

**Fuente:** ENDS – 2015 (Minsalud, 2017). Cálculos propios.

<sup>12</sup> Las violencias psicológicas a las que hace referencia son las registradas en la tabla 4. 106

**Tabla 6. Tipos de violencias físicas y sexuales por grupo étnico-racial**

Fuente: ENDS – 2015 (Minsalud, 2017). Cálculos propios.

Grupo étnico-racial	Tipos de violencias físicas						
	<i>La ha empujado (la empujó) o zarandeado (zarandeó)</i>	<i>La ha golpeado (la golpeó) con la mano</i>	<i>La ha golpeado (la golpeó) con un objeto</i>	<i>La ha pateado (la pateó) o arrastrado (arrastró)</i>	<i>La ha atacado (atacó) con un cuchillo, arma de fuego u otra arma</i>	<i>Ha tratado (trató) de estrangularla o de quemarla</i>	<i>Ha experimentado alguna violencia sexual</i>
Indígena	44,0%	26,8%	3,8%	26,8%	10,3%	1,8%	10,2%
Afrodescendiente	41,0%	28,7%	5,3%	12,6%	5,0%	5,6%	6,6%
Ninguno de los anteriores	28,5%	19,5%	3,0%	5,0%	1,9%	3,6%	7,3%
Total	31,2%	21,3%	3,4%	7,1%	2,7%	3,9%	7,3%

*Violencias contra las mujeres en el marco de las relaciones de pareja controlando el tiempo (año pasado / últimos doce meses)*

Las violencias psicológicas en el periodo de tiempo *año pasado* captadas en los ítems: *celos, si habla con otro hombre, sospecha de infidelidad, le prohíbe encontrarse con amigos/as y contactar la familia, averigua dónde está la mujer todo el tiempo, no la consulta para las decisiones importantes de la familia y amenaza con quitarle los hijos/as*, las mujeres indígenas y afrodescendientes registran los porcentajes más altos en relación con las blancas/mestizas. Aunque es importante destacar que en algunos ítems los porcentajes de las indígenas son ostensiblemente superiores como es el caso de las *acusaciones de infidelidad*: 41,5% de las indígenas seguidas por las afros con 27,1% (Tabla 7).

Ahora bien, con respecto a los ítems: *si la pareja la ha ignorado y excluido de reuniones sociales*, son muy similares los porcentajes registrados por mujeres afrodescendientes y blancas /mestizas<sup>13</sup> (10,9% de las afros y 10,4% de las blancas/mestizas en el primer tipo de violencia, y 25,3% de las afros y 25,3% de las blancas/mestizas en el segundo tipo); mientras que los porcentajes de las indígenas son más altos (25,8% registran haber experimentado el primer tipo de violencia y 40,9% el segundo tipo). Igual tendencia se presenta en los ítems: *ud. no sirve para nada / ud. nunca hace nada bien y la ha amenazado con abandonarla /irse con otra mujer* (Tabla 7).

En el caso de las violencias psicológicas registradas en *los últimos 12 meses*, los datos arrojan que los porcentajes para las mujeres de todos los grupos étnico-raciales son

<sup>13</sup> En la tabla, las mujeres blancas/mestizas son agrupadas en la categoría “ninguno de las anteriores”.

significativamente menores que los del *año pasado*; sin embargo, se destacan los eventos de *celos* (19,9% las indígenas, 28,1% las afro y 21,2% las blanca mestizas), *insistir en saber todo el tiempo dónde está* (11,1% las indígenas, 10,4% las afro y 9,6% las blanca mestizas), y la *exclusión de reuniones sociales o familiares* (10,3% las indígenas, 9% las afro y 5,1% las blanca mestizas). Como se puede observar, se presenta un patrón similar al porcentaje de violencias psicológicas ocasionadas el *año pasado*: las indígenas son las más afectadas, seguidas de las negras y las blancas/mestizas (Tabla 7).

En el caso de tipo de violencia física, *los eventos de empujones, golpes con la mano y situaciones en las que han sido arrastradas o pateadas*, tanto en los últimos doce meses como el *año pasado*, son los más registrados. En el *año pasado*, las mujeres indígenas y negras presentan los porcentajes mayores en cuanto a *empujones y golpes con la mano*, 21,1% y 17,1%, 9,4% y 14,3% respectivamente. Mientras que en los últimos doce meses, la situación se invierte: en el ítem *empujones* el 28,9% de indígenas manifiestan haber sufrido este tipo de violencia y 19,9% de las negras; en los casos de *golpes con la mano*, el 17,4% de las indígenas y 14,4% de las negras; y situaciones en las que *han sido arrastradas o pateadas*, 10,2% y 4,7% respectivamente (Tabla 8).

Ahora bien, en los eventos de *violencia sexual* ocurridos el *año pasado* se encuentra que el 4,8% de las mujeres negras han sufrido este flagelo, del mismo modo el 3% de las blancas/mestizas y el 1,4 de las indígenas. Al observar los datos de los últimos doce meses se observa una situación distinta: el 8,8% de las indígenas, el 4,2% de las blancas/mestizas y el 1,8% de las negras señalan haber sido violentadas sexualmente (Tabla 9).

En relación con la violencia económica en el periodo de tiempo *año pasado*, el 25,8% de las indígenas expresan que sus parejas *han vigilado cómo gastan el dinero*; asimismo, el 10,9% de las afros y el 10,4% de las blancas/mestizas. El mismo patrón se registra en los ítems: *la amenaza con quitarle el apoyo económico y le prohíbe trabajar y estudiar*. Vale destacar que en el evento de *la pareja se gastó el dinero que necesitaba la casa*, las afros registran un porcentaje de 12,3%, seguidas de las blancas/mestizas con 7,3% y las indígenas con 7,2%. En cuanto a la *violencia económica* en los últimos doce meses, se observa que en todos los ítems es mayor el porcentaje de las indígenas, seguido de las afros y las blancas/mestizas; a excepción del evento *le prohíbe trabajar y estudiar*, las blancas/mestizas registran el 7,6% frente al 5,8% y el 5% de las indígenas y negras (Tabla 9).

En síntesis, los resultados de la ENDS 2015 (Minsalud, 2017) muestran para el área metropolitana de Cali que los diferentes casos de violencia física, psicológica, económica y sexual afectan más a las mujeres indígenas y afrodescendientes en comparación con las mujeres blancas/mestizas. Este hallazgo revela un fuerte efecto de la variable étnica-racial sobre los diferentes tipos de violencia que enfrentan las mujeres en el área estudiada, hallazgo que no solo visibiliza la vulnerabilidad de las mujeres negras sino también de las indígenas,

otro grupo étnico-racial afectado por los sistemas de opresión raciales y sexistas. Cabe resaltar que no se justifica ningún tipo de violencia independientemente del grupo étnico-racial y clase social; es decir, la violencia de género contra mujeres blancas y de clase alta es igual de abominable que la que experimenta otras mujeres menos privilegiadas socialmente. Sin embargo, sí es necesario evidenciar que hay ciertas mujeres que son más vulnerables a este tipo de violencias, producto de procesos socio-históricos de discriminación y exclusión que derivan en estereotipos sexualizados y racistas que las hieren y matan.

**Tabla 7.** Tipos de violencias psicológicas según grupo étnico-racial y tiempo (año pasado / últimos 12 meses).

Grupo étnico-racial	Se ha puesto celoso/bravo si habla(hablaba) con otro hombre		Esposo la acusa de infidelidad		Le ha impedido (le impidió) encontrarse con sus amiga(o)s		Ha tratado (trató) de limitar sus contactos con su familia		Ha insistido (insistió) en saber dónde está (estaba) todo el tiempo		La ha ignorado (la ignoró)/ no se dirige (dirigió) a usted	
	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses
Indígena	44,0%	19,9%	41,6%	7,0%	33,1%	3,7%	8,4%	3,7%	37,3%	44,0%	19,9%	41,6%
Afrodescendiente	39,3%	28,1%	27,1%	16,1%	20,2%	12,4%	13,0%	5,6%	36,0%	39,3%	28,1%	27,1%
Ninguno de los anteriores	33,9%	21,2%	21,8%	13,6%	11,8%	11,2%	8,1%	5,3%	25,5%	33,9%	21,2%	21,8%
Total	35,2%	22,3%	23,4%	13,7%	14,0%	11,1%	8,9%	5,3%	27,7%	35,2%	22,3%	23,4%

**Fuente:** ENDS – 2015. (Minsalud, 2017). Cálculos propios.

Grupo étnico-racial	No ha contado (contó) con ud. para reuniones sociales o familiares		No le ha consultado (le consultó) las decisiones importantes para la familia		La ha amenazado (la amenazó) con un cuchillo, arma de fuego u otra arma		Se ha referido (refirió) como: ud. no sirve para nada, ud. nunca hace nada bien		La ha amenazado con abandonarla/irse con otra mujer		La ha amenazado (la amenazó) con quitarle los hijos(as)	
	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses
Indígena	41,0%	10,3%	21,9%	8,8%	3,9%	8,8%	34,3%	3,7%	27,8%	1,5%	30,2%	1,5%
Afrodescendiente	25,3%	9,0%	16,7%	4,9%	3,4%	6,2%	13,1%	7,7%	9,1%	6,1%	9,0%	8,1%
Ninguno de los anteriores	25,0%	5,2%	12,5%	5,4%	3,4%	1,9%	12,7%	5,4%	8,9%	4,4%	6,3%	3,2%
Total	25,6%	6,0%	13,5%	5,5%	3,5%	2,9%	13,6%	5,7%	9,7%	4,6%	7,6%	4,0%

**Tabla 8.** Tipos de violencias físicas según grupo étnico-racial y tiempo (año pasado / últimos 12 meses).

Grupo étnico-racial	La ha empujado (la empujó) o zarandeado zarandé		La ha golpeado (la golpeó) con la mano		La ha golpeado (la golpeó) con un objeto		La ha pateado (la pateó) o arrastrado (arrastró)		La ha atacado (atacó) con un cuchillo, arma de fuego u otra arma		Ha tratado (trató) de estrangularla o de quemarla	
	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses
Indígena	17,1%	26,9%	9,4%	17,4%	3,8%	0,0%	5,6%	21,2%	0,0%	10,3%	1,8%	0,0%
Afrodescendiente	21,1%	19,9%	14,3%	14,4%	3,0%	2,2%	5,4%	7,2%	0,3%	4,7%	4,0%	1,6%
Ninguno de los anteriores	13,4%	15,2%	9,0%	10,5%	1,5%	1,5%	1,8%	3,3%	0,6%	1,3%	1,2%	2,4%
Total	14,8%	16,4%	9,9%	11,4%	1,8%	1,6%	2,5%	4,6%	0,6%	2,2%	1,7%	2,2%

**Fuente:** ENDS – 2015. (Minsalud, 2017). Cálculos propios.

**Tabla 9.** Tipos de violencias sexuales y económicas por grupo étnico-racial y tiempo (año pasado / últimos 12 meses).

Grupo étnico-racial	Violencia sexual				Violencia económica							
	La ha forzado (la forzó) físicamente a tener relaciones o actos sexuales que no quería		Le ha vigilado cómo gasta el dinero		La ha amenazado con quitarle el apoyo económico		Le ha prohibido trabajar/estudiar		Se gastó dinero que necesitaba la casa		Se adueñó de bienes y propiedades	
	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses	Año pasado	Últimos 12 meses
Indígena	1,4%	8,8%	25,8%	8,8%	16,6%	12,8%	10,5%	5,8%	7,2%	14,1%	3,3%	8,8%
Afrodescendiente	4,8%	1,8%	10,9%	4,8%	9,5%	4,8%	9,8%	5,0%	12,3%	6,7%	4,1%	2,5%
Ninguno de los anteriores	3,1%	4,2%	10,4%	4,4%	5,7%	2,5%	7,0%	7,6%	7,3%	6,1%	2,2%	1,4%
Total	3,3%	4,0%	11,1%	4,7%	6,7%	3,2%	7,6%	7,1%	8,1%	6,5%	2,6%	1,9%

**Fuente:** ENDS – 2015. (Minsalud, 2017). Cálculos propios.

## Reflexiones finales

El análisis de algunos indicadores sociodemográficos de la población negra en Cali generados a partir de la EECV 2012 -2013 (Ministerio de Trabajo, 2013), permite inferir que este grupo étnico-racial presenta una situación de vulnerabilidad alta con diferencias importantes en la variable de género. Esto se evidencia en los elevados registros a escala municipal y en el conglomerado oriente —sector geográfico donde se concentra la mitad de la gente negra del municipio y que presenta altos niveles de pobreza—, en la tasa de dependencia juvenil, la tasa de dependencia total y el tamaño promedio del hogar (cuatro personas), en relación con otros grupos étnico-raciales.

Igualmente, las mujeres negras a escala municipal presentan la tasa global de participación más alta y las tasas de ocupación y de desempleo más bajas, en comparación con los hombres y mujeres de todos los grupos étnico-raciales; asimismo, perciben los ingresos mensuales más bajos. Estas limitaciones en el acceso al mercado laboral, las empuja a desempeñar actividades económicas informales y a subemplearse o aceptar trabajos en condiciones laborales precarias, es decir, con exiguos ingresos y sin prestaciones sociales —pago de seguridad social, primas, vacaciones remuneradas, cesantías— las cuales agravan su situación de vulnerabilidad.

Esta situación se explica por la discriminación pre-mercado, es decir, la falta de capital humano para conseguir empleos calificados y bien remunerados que las empujan a desempeñarse en trabajos de servicio doméstico, ventas ambulantes, entre otros. Pero también, interviene la discriminación de mercado o el trato diferencial que se da a las personas en el momento de aplicar a un empleo, con base en características adscriptivas como la raza y el sexo. Las mujeres negras enfrentan a la vez, los sistemas de opresión racial,<sup>113</sup> el sexual y de clase —este último, se encuentra mediado por el capital humano, el acceso al mercado laboral y el sector geográfico de la residencia, variables que para esta población suelen ser negativos—.

En el caso de los índices de Necesidades Básicas Insatisfechas y de Calidad de Vida, se encuentra que los hogares con jefatura femenina negra registran los índices más bajos en comparación con los de jefatura masculina y femenina de todos los grupos étnico-raciales, a excepción de los hogares de jefatura femenina indígena, población que también se encuentra

en alto riesgo. En otras palabras, los hogares con jefatura femenina negra e indígena son los más pobres del municipio.

Ahora bien, el componente de violencia de género en el ámbito conyugal de la EVDS 2015 (Minsalud, 2017) tampoco arroja resultados alentadores para las mujeres negras, incluso también son preocupantes para las mujeres indígenas. Las mujeres de ambos grupos étnico-raciales registran los porcentajes más altos en casi todos los tipos de violencia psicológica que pregunta la encuesta; asimismo, en los tipos de violencia física, sexual y económica, tanto al controlar el tiempo de sucedido el evento —los últimos doce meses y el año pasado— como sin incluirlo. En este sentido, evidencia que en el municipio la violencia patriarcal en el escenario conyugal se ve afectada por factores étnico-raciales.

En conclusión, los datos de las dos encuestas exhiben que Cali es una ciudad donde se vivencian imbricadas relaciones de poder basadas en la raza, el género y la clase social, que generan mayor vulnerabilidad sociodemográfica a las mujeres no blancas —negras, mulatas e indígenas—. Por consiguiente, es imperativo que las autoridades locales y regionales enfrenten esta problemática mediante políticas públicas enfocadas a reducir los efectos negativos de estas variables en la vida de las mujeres de estos grupos étnico-raciales. Por ejemplo, se puede fortalecer la cobertura y calidad educativa en los sectores de mayor presencia de gente negra e indígena, teniendo presente un enfoque de género contextualizado. Igualmente, se pueden disponer espacios de formación artística y cultural para niños y jóvenes, ya que los hogares de estas mujeres tienen una importante población en edad infantil. Asimismo, mejorar el acceso a servicios de salud, construir programas para el mejoramiento de viviendas y el acceso a servicios públicos básicos, entre otros.

En el caso del acceso al mercado laboral, es necesario involucrar al sector privado para que aplique políticas de discriminación positiva. De esta forma, se aportaría a mejorar la participación laboral de estas mujeres en empleos mejor calificados y remunerados. Sin embargo, estas políticas deben ir acompañadas de programas de pedagogía social institucionales y de organizaciones de la sociedad civil, que en el mediano y largo plazo que transformen estereotipos raciales, sexuales y de clase presentes en los imaginarios colectivos de la ciudad, los cuales soportan la invisibilización de la vulnerabilidad sociodemográfica de las personas menos privilegiadas.

En cuanto a la violencia patriarcal, es indispensable la construcción y el acompañamiento de procesos de empoderamientos femeninos y desempoderamientos masculinos o de construcción de masculinidades alternas e igualitarias que ya se vienen dando en la ciudad, como es el caso de los círculos de hombres, entre otras iniciativas. A la par, se requiere

visibilizar y fortalecer la ruta de atención a niñas y mujeres víctimas de violencias en la ciudad, así como el apoyo a organizaciones de la sociedad civil que trabajan con mujeres víctimas y promueven campañas de prevención de violencias, como es el caso de la Ruta Pacífica de las Mujeres, entre otras.

### Referencias bibliográficas

- Barbary, O. (1999). Observar los hogares afrocolombianos en Cali, problemas teóricos y metodológicos ilustrados. *Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali: estudios sociodemográficos, Documentode trabajo*, (38), 5-30. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cidse-univalle/20121115115638/Document038.pdf>
- Barbary, O. (2001). Segmentación socioracial y percepción de discriminaciones en Cali: una encuesta sobre la población afrocolombiana. *Desarrollo y sociedad*, (47), 89–149. Recuperado de: <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.13043/dys.47.3>
- Barbary, O., y Urrea, F. (1999). Dinámica del poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de Cali. En Fernando Cubides y Camilo Domínguez (Eds.), *Migraciones internas y reestructuraciones territoriales. Observatorio Socio-Político y Cultural*, 337-405 y 433. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Ministerio del Interior.
- Barbary, O.- y Urrea, F. (2004). *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Cali: Cidse-Univalle, IRD Colciencias.
- Bayona, A. (1992). Demografía del Valle en el siglo XXI – Anotaciones. *Boletín Socioeconómico*, (23), 99–116.
- Beauvoir, S. (1999). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Castillo, L., Grueso, L., Rosero, C., y Cifuentes, K. (2013). El Proceso de Comunidades Negras (PCN) y el censo de 2005: la lucha en contra de la “invisibilidad” estadística de la gente negra en Colombia. En C. Hale y L. Stephen (Eds.), *Otros saberes: Collaborative Research on Indigenous and Afro-Descendant Cultural Politics* (pp. 127-153). Santafe: School for Advanced Research Press.
- Collins, P. (2000). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Nueva York: Routledge.

- Cortés, D., Gamboa, L., y Gonzalez, J. (1999). ICV: hacia una medida de estándar de vida. *Coyuntura social*, (21), 159–180.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, feminist Theory and Antiracist Politics. *Chicago University Legal Forum*, (1), 139-167.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43(6), 241-299.
- Curiel, O. (2007). Los aportes de las afrodescendientes a la teoría y la práctica feminista. Desuniversalizando el sujeto “mujeres”. *Perfiles del Feminismo Iberoamericano*, 3(1), 163–190.
- Cuero, A. (2018). Las articulaciones entre el sexismo y el racismo. Reflexiones en torno a las obras de teatro *Raíz de ébano* y *Flores amarillas* presentadas en el marco del Teatro-Foro Género y Racismo del año 2011. *Feminismos y estudios de género en Colombia. Una mirada a un campo académico y político en movimiento* (pp. 299–318).
- Departamento Nacional de Estadística - DANE. (1998). *Grupos étnicos de Colombia en el Censo de 1993*. Bogotá: Dirección de Censos y Demografía, Departamento Administrativo Nacional de Estadística, Dane.
- Dorlin, E. (Ed.). (2009). El sujeto político del feminismo. En *Sexo, género y sexualidades: introducción a la teoría feminista* (pp. 67–89). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Estupiñán, J. (2006). Afrocolombianos y el Censo 2005. *Revista de la información básica*, 1 (1). Recuperado de [https://sitios.dane.gov.co/revista\\_ib/html\\_r1/articulo7\\_r1.htm](https://sitios.dane.gov.co/revista_ib/html_r1/articulo7_r1.htm).
- Ford, K. (2008). Gazing into a Distorted Looking Glass: Masculinity, Femininity, Appearance Ideals, and the Black Body. *Sociology Compass*, 2 (3), 1096–1114. doi: 10.1111/j.1751-9020.2008.00116.x.
- Harris, J., y Todaro, M. (1970). Migration, Unemployment and Development: A Two-sector Analysis. *American Economic Review*, 60(1), 126-142. Recuperado de: [https://www.jstor.org/stable/1807860?seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](https://www.jstor.org/stable/1807860?seq=1#page_scan_tab_contents).
- Hellebrandová, K. (2014). Escapando a los estereotipos (sexuales) racializados: el caso de las personas afrodescendientes de clase media en Bogotá. *Revista de Estudios Sociales*, (49), 87-100. doi: <http://dx.doi.org/10.7440/res49.2014.07>.
- Hook, B. (2000). *Feminism is for everybody: passionate politics*. Nueva York: South End Press.
- Hook, B. (2004). Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En B. Hooks, A. Brah, C. Sandoval y G. Anzaldúa (Eds.), *Otras inapropiables: Feminismos desde las fronteras* (pp. 33–50). Madrid: Traficante de Sueños.
- Krauster, M., y Ballesteros, M. (2018). Interseccionalidad en desigualdades en salud en Argentina: discusiones teórico-metodológicas a partir de una encuesta poblacional. *Hacia la Promoción de la Salud*, 23(2), 13 - 33. DOI: 10.17151/hpsal.2018.23.2.2
- Lasso, M., Almario, O., Cunin, E., Urrea, F., Langebaek, C., y Chaves, M. (2007). Aproximaciones a los estudios de raza y racismo de Colombia. *Revista de*

- Estudios Sociales*, (27), 184-193. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/20317>.
- Lorde, A. (2003). *La hermana, la extranjera*. Madrid: Editorial Horas y Horas.
- Lozano, B. (2010). Mujeres negras (sirvientas, putas, matronas): una aproximación a la mujer negra de Colombia. *Revista de Estudios Latinoamericanos*, 26(49), 135-158. Recuperado de <http://revistas.una.ac.cr/index.php/tdna/article/view/3720/3569>
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tábula Rasa*, (9), 73-101. Recuperado de: <http://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>.
- Ministerio de Salud y Protección Social – Minsalud. (2016). *Resumen Ejecutivo Encuesta Nacional de Demografía y Salud 2015* (1). Recuperado de: <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/ENDS-libro-resumen-ejecutivo-2016.pdf>.
- Ministerio de Salud y Protección Social – Minsalud. (2017). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud 2015*. Recuperado de: <https://microdata.worldbank.org/index.php/catalog/2834/get-microdata>.
- Ministerio de Trabajo de Colombia. (2013). *Base de datos EECV (Nov 2012 - Ene 2013): Información de Personas (stata)*. Recuperado de: <http://filco.mintrabajo.gov.co/FILCO/faces/datosAbiertos.jsf;jsessionid=iDCJUEzPLkWb-Rs9nRsIu1nnA4GibURnCwxV8aIIXknaVkyAKt07!-321707766>.
- Moreno, V. (2013). Ay Dios baja y ve cómo las mujeres afrocolombianas resisten al destierro. *Revista CS*, (12), 415-434.
- Mosquera, C. (2005). Sufrir el desplazamiento para conocer los derechos: impactos del desplazamiento en mujeres afrocolombianas residentes en Bogotá. *Palabra que obra*, 6(6), 7-19. doi: 10.32997/2346-2884-vol.6-num.6-2005-279.
- Palacios, M., y Safford, F. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Perea, J., Castillo, R., Duque, J., Urrea, F., Viáfara, C., Arias, W., y Carabali, B. (2011). *Cuántos somos, cómo vamos. Diagnóstico sociodemográfico de Cali y 10 municipios del Pacífico nariñense*. Santiago de Cali: Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias sociales y Económicas - CIDSE, Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE, Afroamerica XXI.
- Posso, J. (2008). Mecanismos de discriminación étnico-racial, clase social y género: la inserción laboral de mujeres negras en el servicio doméstico de Cali. En M. Zabala (Comp.), *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe* (pp. 215-240). Bogotá: Siglos del Hombre CLACSO.
- Proceso de Comunidades Negras - PCN. (2006). *Y el chocolate espeso... Evaluación del censo 2005 y la pregunta de autorreconocimiento*

- étnico entre afrocolombianos*. Bogotá: PCN.
- Rodríguez, C., Alfonso, T., y Cavelier, I. (2009). *Raza y derechos humanos en Colombia: informe sobre discriminación racial y derechos de la población afrocolombiana*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Urrea, F., y Hurtado, T. (1997). Puerto Tejada: de núcleo urbano de proletariado agroindustrial a ciudad dormitorio. En F. Zuluaga (Ed.), *Puerto Tejada 100 Años. Municipio de Puerto Tejada*, 197-242. Cali: Alcaldía Municipal.
- Urrea, F. (2000). Colores de piel y clases en la sociedad caleña. En F. Urrea y P. Quintín (Eds.), *Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales* (pp. 15-56). Cali: Cidse. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cidse-univalle/20121113030846/jovenes.pdf>.
- Urrea, F. (2010). La visibilidad estadística de la población negra o afrodescendiente en Colombia, 1993-2005: entre lo étnico y lo racial. En Claudia Mosquera, Agustín Laó-Montes y César Rodríguez (Eds.), *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras*, 757-808. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales – CES de la Universidad del Valle.
- Urrea, F. (2012). *Transformaciones sociodemográficas y grupos socio-raciales en Cali a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI*. Recuperado de: [https://www.urosario.edu.co/urosario\\_files/b4/b4eff1cc-4195-4089-b3bc-dd0290d67fb8.pdf](https://www.urosario.edu.co/urosario_files/b4/b4eff1cc-4195-4089-b3bc-dd0290d67fb8.pdf)
- Viáfara, C., y Urrea, F. (2006). Efectos de la raza y el género en el logro educativo y estatus socio-ocupacional para tres ciudades colombianas. *Desarrollo y Sociedad*, 58(1), 115-163. Recuperado de <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.13043/dys.58.4>.
- Viáfara, C., Urrea, F., Vivas, H., Correa, J., y Rodríguez, D. (2016). *Desigualdades étnico-raciales en las oportunidades de vida en Cali*. Cali: Cidse, ACDI-VOCA, USAID y Ministerio de Trabajo de Colombia.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 56(1), 1-17. Recuperado de: [http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/12/articulos/052\\_completo.pdf](http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/12/articulos/052_completo.pdf).